

1 de julio de 2013: “Nuevas declinaciones del deseo y del amor”

¿Declinan el lenguaje y el amor hoy?

Quiero proponerles trabajar sobre la palabra declinación y sus significados. Y además, preguntarles, si les parece que podríamos leer ciertos fenómenos que observo en la actualidad en relación al lenguaje y al amor a la luz de la declinación del padre planteada por Lacan, para dar un paso más hacia la clínica y nuestros modos de intervención.

Tengo una amiga, casi de mi edad, que el otro día, al finalizar su mensaje de texto me escribió TKM. Ese es uno de los orígenes de esta viñeta. Otro, una conversación con Blanca Sánchez y el trabajo que presentó en la primera clase de este seminario.

Cuando mi amiga me escribe TKM, supongo que me está diciendo “te quiero mucho”... ¿debo suponerlo así? Voy a dejar de lado la disquisición acerca de si lo que ella dice es lo que yo entiendo, que de más está decirlo, seguramente no. A esta altura de la historia de nuestros seminarios, algo sobre el malentendido hemos aprendido. Mi pregunta es básica: ¿hay un cambio en el amor si escribo TKM o te quiero mucho?

“El relámpago único” no existe

Blanca, en la primera clase, para introducirnos al tema de la palabra de amor, lo hacía por el lado del goce. Por eso nos decía que “...entre hombres y mujeres podemos plantear una disparidad entre los goces: del lado del hombre el goce fálico; del lado de la mujer, el goce femenino como un goce más allá del fálico. Es por esa disparidad que hay un desencuentro entre los goces, por lo que el único vínculo entre los seres hablantes se produce por el significante y por el discurso [...] Por ello, podríamos decir que lo que daría acceso al Otro sería el amor, entendiendo por ello al amor como principio del lazo social, en tanto el amor se funda sobre la palabra, como veremos más adelante, aunque no solamente”. El más adelante es que el amor se halla enlazado a una demanda: basta hablar para demandar. Queda así planteada teóricamente la relación entre el goce y la ficción del amor-palabra-demanda y podríamos agregar a esta serie al deseo.

Hace tiempo había leído un “fragmento de un discurso amoroso” de Roland Barthes que me había impactado. Allí él planteaba que cuando alguien dice Te amo, *Yo también* “no es la respuesta perfecta, puesto que lo que es perfecto no puede ser sino formal, y la forma es aquí claudicante, por el hecho de que no retoma literalmente la proferición. Sin embargo, tal como es fantasmada, esta respuesta basta para poner en marcha todo un discurso del júbilo”. Sigue Barthes: “Fantaseo lo que es empíricamente imposible: que nuestras dos profericiones sean dichas al mismo tiempo: que una no siga a la otra, como si dependiera de ella. La proferición no podría ser doble (desdoblada), solo le conviene el relámpago único [...] La proferición simultánea funda un movimiento cuyo modelo es socialmente desconocido, impensable: ni intercambio, ni regalo, ni robo...” Me interesa resaltar la importancia que Barthes da al lenguaje y la palabra en relación al amor. Y a este punto que él destaca que el lenguaje no permite la simultaneidad, requiere una diacronía, un tiempo. Él remarca que en el lenguaje mismo el relámpago único no existe. Creo que debemos admitir que, como sujetos neuróticos, no nos es tan ajeno buscarlo. Pero aun en esta era de lo inmediato, no creo que el TKM sea un intento de alcanzar ese “relámpago único”. Entonces, ¿de qué se trata?

La historia de T contada por M

Blanca avanzaba un poco más: “El significante es una respuesta a esa demanda, que es pura y simplemente demanda de amor, un amor que se juega en la palabra cuya respuesta siempre abre a un más allá del amor que es el deseo. Una demanda de amor que pide la nada que solo puede darse por la palabra. [...] De ahí que si experiencia es el término que hace pareja con el goce, diremos que para el amor se trata de historias. Del amor, solo se pueden contar historias. El amor se construye como una historia”. Por eso acá va la historia de T contada por M.

Tengo un amigo de la infancia que me contó una vez algo que le sucedía, yo diría ahora, con el lenguaje y el amor. T me decía que cuando él vivía en Buenos Aires, tenía el siguiente dilema: como en castellano hay diversas maneras de decir “te amo”, “te quiero”, “te adoro”, “te aprecio”, “te estimo” (y creo que él había encontrado más pero no las recuerdo), le resultaba difícil decidir cuál de todos esos modos era el más apropiado para su sentimiento en ese momento con una mujer. Podría pasar que acá hubiera una a la que ama, otra a la que quiere, otra a la que adora, la que estima... O también que, al haber tantas posibilidades, no pudiera decidir cuál era “exactamente” la frase que traducía exactamente su sentimiento. Parte de su problema empezó a resolverse cuando decidió irse a vivir a Israel. Allí, las maneras de decir te amo se reducen a dos pero una no se utiliza tanto para el amor sensual porque en lo literal, la traducción sería algo más parecido a “te honro”, lo cual reducía a dos posibilidades: o ama u “honra”. Sin duda, era más fácil ubicarse. Por ¿suerte?, por ¿deseo?, cosa que destacaba, su periplo no terminó allí. Es en Estados

Unidos donde encontró al amor de su vida y cuando él le dice a ella *I love you*, no tiene ninguna duda de que es la palabra apropiada para su sentimiento y para decirle a esa una. No me quiero ni imaginar la fiesta “barthesiana” que sería para él si, además alguna vez ella le llega a decir *I love you* al mismo tiempo que él... ¿Se imaginan a mi amigo escribiéndole TKM a su mujer? Ni siquiera lo imagino escribiendo ILY... ¿por qué no? Supongo que porque después de haber recorrido toda esa distancia y ese tiempo, me resulta difícil pensarlo declarando su amor de modo ¿“abreviado”? Ahora, si él fuera un joven de estos tiempos, ¿TKM sería el *summum* de su búsqueda? Me parece que no.

Él declina, ¿ellos caen?

Vayamos a la palabra declinación. Rápidamente, me hace pensar en la declinación como algo que decae. Pero recordé que alguna vez había escuchado hablar de las declinaciones en latín. Ahí fui a consultar, entonces, a una profesora de castellano y latín que se llama Sandra Pien. He aquí lo que me explicó. La palabra declinar deriva del latín “clino”: inclinar, ladear, decaer. A esta “raíz” uno puede agregarle prefijos: de-clino, in-clino, re-clino. Entonces, “declinar” tendría en una línea, como significaciones posibles (voy a tomar algunas): apartar, desviar, esquivar, abandonar su actitud, huir. Es fácil escuchar aquí la declinación del padre en este último siglo, teorizada por Lacan. Me gusta como lo planteaba Mónica Torres porque hace ver esta caída en la función del padre nuestro de cada día en relación a la separación (y de la separación de las palabras es de lo que estamos hablando): “...hay un empuje en la psicología de hoy a que el padre haga de madre con lo cual el niño pasa a tener dos madres. El cuidado que el padre debe dar no es ayudar a cambiarlo o darle de comer, cosa que puede hacer o no. El cuidado que sí debe darle es separarlo de la madre, y es un problema cuando no lo hace”. Agregaría que, cuando no lo hace, se aparta, se desvía, esquiva, abandona su actitud, huye... o sea, él declina. Hay una relación entre el padre y el lenguaje planteada por Lacan en el Seminario 17. En el capítulo “Del mito a la estructura”, lo que había sido adjudicado al padre como castrador resulta que estaba en el lenguaje: “...la castración como operación real introducida por la incidencia del significante, sea el que sea, en la relación del sexo. Y es obvio que determina al padre como ese real imposible...” O sea, ahora resulta que el relámpago único era imposible. Entonces, declinar como decaer, ¿tiene alguna influencia en lo que sucede con los jóvenes y el lenguaje en la actualidad? Porque si frente a la disparidad entre los goces como decía Blanca, o frente la castración real que produce el significante en relación al cuerpo, como plantea Lacan, nos queda el recurso a la utilización del lenguaje como vínculo, vehículo de la palabra de amor, ¿es diferente la utilización del lenguaje que hacía mi amigo y la que hacen los jóvenes de hoy? El hecho de que ellos escriban toda la serie de palabras acortadas, sin separación (TKM), que utilizan en el chat o en los mensajes de texto, o sea, este uso particular del lenguaje ¿cambia su relación al amor? ¿Son simples abreviaturas o hay algo más allí? ¿Puede relacionarse la declinación del padre, la dificultad para producir la separación de la que hablábamos, con el uso “pegoteado” de las letras y palabras en los adolescentes? A los jóvenes de hoy se los nombra como “generación SMS”. Por suerte para nosotros, que no tengo claro que generación somos, ya existe el diccionario SMS que nos explica tanto que xoxo significa besos y abrazos como el significado de algunos emoticones, que podríamos utilizar para “expresar” nuestros sentimientos: :) significa “alegría” pero tengan cuidado porque si tocan la tecla incorrecta, cambiarían de estado de ánimo inmediatamente porque : (les da tristeza. Están quienes los critican porque dicen que se trata de la decadencia del lenguaje, que no saben escribir, que recurren a dibujitos para expresar lo que no pueden decir con palabras, etc. Me parece que cada generación ha inventado algún tipo de lenguaje o palabras (bastaría releer *La naranja mecánica*) para diferenciarse de la generación anterior o una tribu de otra. No me parece este el punto más preocupante, si es que vamos a preocuparnos por algo. En el año 2011, varios diarios daban cuenta de un fenómeno que estaba siendo estudiado: “De acuerdo a un cálculo de la Academia española de la lengua actualizado al 2010, mientras ‘un ciudadano medio utiliza entre 500 y 1000 palabras’ del español para comunicarse cotidianamente, los jóvenes usan un 25%, ‘algo más de 240’. El castellano cuenta con casi 100 mil vocablos, o sea que, de ese gran abanico de posibilidades, utilizan un 0,03%. Ahora bien, ¿qué determina esto? ¿Los jóvenes empobrecen su lenguaje y, con ello, su pensamiento? Más aún: ¿está asociado esto directamente con la capacidad de reflexionar? ¿O simplemente ese recorte significa una simplificación y no una derrota cultural?”. E insistiría con la pregunta: ¿podríamos relacionarlo con la declinación de la función paterna?

Él declina, ¿ellos se ladean?

Contestando a la pregunta acerca de si se trata de derrota cultural, Juan Becerra, escritor y ensayista, en un apartado en la misma página del artículo que les leía recién, explica: “La idea de que si disponemos de muchas palabras obtendremos más y mejores pensamientos es ridícula y encubre una apología de la cantidad que, como sabemos, es la diosa que gobierna todos los mercados. Me cuentan que hay alarma porque las nuevas generaciones usan menos palabras que antes. ¿Y? El uso de la lengua ¿es una carrera en la que hay que hacer un número? Si las nuevas generaciones, plagadas de ases del *linkeo* (es decir de la asociación lógica de esto con aquello y, por lo tanto, del pensamiento en red), hablan con menos palabras, es porque no las necesitan”. En esta misma línea, entonces, la declinación puede ser tomada no solamente como algo que decae sino también

por el lado del “ladear” lo cual evoca una idea “positiva” de la palabra: si algo se ladea, puede ser flexible. Recuerden que ladear puede querer decir: “torcer hacia un lado” (no necesariamente hacia abajo), “caminar por las laderas”, “dejarse llevar por algo”, “ponerse al lado de alguien” o hasta “enemistarse con alguien”. Nos puede ayudar en esto el latín también, para explicar esta otra idea de declinación como aquello que se relaciona con la función que algo cumple. En el diccionario de la RAE dice que en las lenguas de flexión casual, es la serie ordenada de las formas que presenta una palabra como manifestación de los diferentes casos. Traducido, según lo que entendí, hay diversas declinaciones de las palabras que en lenguas “flexibles” implica que de acuerdo a su terminación se puede saber si es OD, OI, etc. La declinación nos indicaría el lugar que ocupa sintácticamente esa palabra, o sea, su función. La importancia de la sintaxis, según la profesora, es que da orden, forma nuestra mente, nuestra forma de pensar, nos enseña a pensar (*sin* es con y táctico viene de *taxos* que es línea). Comparto con Becerra esta idea de que: “La lengua es lo que es. Se hace sola. No desea la molestia de una auditoría nerviosa para evaluar su rendimiento actual respecto de su rendimiento anterior. No hay nada más conservador que postular un mejoramiento del idioma si se lo hace en nombre de un dudoso pasado de esplendor. La prueba del tic restaurador está en que el objeto de la crítica, la mayoría de las veces, son los jóvenes. Recordemos qué tipo de pensamiento es aquél al que la juventud lo preocupa y veremos que detrás de los bienintencionados que les dicen a los jóvenes: ‘no sean tan burros’, les están diciendo, en realidad: ‘no sean tan jóvenes’”. Entonces, la declinación actual en el lenguaje de los jóvenes es ¿pobreza o síntesis? ¿Se trata de una nueva sintaxis? ¿Decae el lenguaje o se ladea? No podría plantear una crítica al lenguaje de los jóvenes de hoy, ¿qué sería, en este caso, criticarlos? Me interesa más pensar si este fenómeno tiene algo para enseñarnos. Me resisto a pensar que todo tiempo pasado fue mejor y mantener una añoranza por el padre de otros tiempos. Solo conseguiríamos quejarnos. Por otro lado, a la luz de todo esto, me he empezado a preguntar qué decimos cuando hablamos de “declinación del padre”. Siempre lo había pensado como que decae, pero ¿no es propio de su función misma tanto decaer como ladearse? Estoy segura que nuestro tiempo pasado no fue mejor, solo distinto. Lo que sucede hoy no es ni mejor ni peor. Es. ¿Cómo leerlo? ¿Por qué me interesa planteárselos y si les parece, discutirlo? Por la relación que encuentro con la clínica.

Ellos declinan, nosotros ¿“declinamos” o “declinamos”?

Como psicoanalistas, en la actualidad, ¿decaemos o nos ladeamos? Creo que nos encontramos todavía tratando de leer los efectos de la declinación del padre. Quiero compartir ahora algunas observaciones clínicas. He observado en mujeres jóvenes cierta, no sé bien cómo llamarla, ¿facilidad? para acceder al goce sexual: “un *touch and go*”, “fulano es un amigo para el sexo”, “me divierto y punto”, “me ‘comí’ a 8 en el boliche la otra noche”. ¿Como si hubiera más empuje a la unión de los cuerpos? ¿Hay alguna relación con la falta de separación de palabras y letras que observamos en el lenguaje? ¿Es solamente, como dicen algunos, la consecuencia del movimiento de liberación femenina, del feminismo? ¿Se trata de una mayor flexibilidad en las relaciones? ¿O simplemente, de que “ahora exploran más”? Julián Lamar, 33 años, personaje de una película argentina titulada *Vaquero*, se preguntaba en estos términos algo de lo que sucede con las mujeres hoy: “¿Por qué no se ponen corpiño las minas? Están todas con las tetas así sueltas. ¿Qué pasa? ¿Tan libres son? ¿Tanto disfrutan de su cuerpo?” Dos cuestiones más para terminar: una, ¿decae el amor en relación al goce sexual en estos casos o es que se *ladea*? Algunas de estas jóvenes dicen tener dificultades con el amor o sus palabras: “No sé cómo llamar a lo que me pasa con F, es algo raro, nuevo. No tengo palabras. Cuando me acostaba con P, era más fácil decir qué me pasaba”. “Él es muy formal, quiere ponerle nombre a esta relación. Quiere que seamos ‘novios’. Me quiere para toda la vida. ¿Eso es amor? Yo no sé qué es el amor”. “No tengo problema en irme a la cama con un chabón, el problema es si quiere algo más...” En mi época si decíamos que un “chabón” quería “algo más”, se trataba de sexo. Algo se invirtió. ¿Qué? ¿Se trata de casos singulares o algo está cambiando? El amor requiere espacio y tiempo (preguntémosle a mi amigo T, sino), y palabras. Y en esta época de la inmediatez, ¿qué sucede con estas jóvenes, el amor y las palabras? Candela Dessal en un artículo que se titula “Amor y política en los tiempos del capitalocentrismo” que será publicado en la próxima *Enlaces* 20, hace un planteo que me parece interesante para tomar: “El amor de usar y tirar, el goce inmediato y solipsisita, residual, sustituye cada vez más el compromiso real entre personas. En una cultura de lo inmediato, de la satisfacción instantánea, entre esforzarse por amar o pagar por disfrutar, es más fácil lo segundo. Si “conservar” era el lema del siglo XIX, “desechar” es el del XXI”. ¿Es así? En este seminario hemos trabajado varias veces que Freud planteaba la vida amorosa del varón dividida entre deseo y amor (donde ama, no desea y donde desea, no ama) o, la división, entre goce sexual y amor. Pero en relación a la mujer, tomando en cuenta estos casos, ¿podemos seguir sosteniendo, como sosteníamos, que en la mujer amor y deseo van juntos? ¿O esos eran los hombres y mujeres de Freud, de Lacan y de mi época? Por otro lado, una última observación de la práctica clínica: en varios casos, he notado la dificultad en sujetos jóvenes para comprender la ambigüedad, el equívoco de la palabra, el malentendido que, muchas veces, implica una interpretación. Quizás tenga relación con el planteo del uso de menos palabras por parte de los jóvenes hoy, que les contaba antes. ¿Va en la misma línea de esta función paterna que decae? En este sentido me resulta claro que no se ladea: no hay más flexibilidad en el lenguaje en estos sujetos, hay más literalidad, diría. Si nuestra práctica es una práctica del lenguaje: ¿vamos a tener que cambiarla?

Supongo que lo más apropiado para terminar esta presentación sería que les escribiera xoxo. Pero, evidentemente, soy de otra generación. Todavía escribo ¡besos y abrazos!

Mónica Lax
Junio 2013